



ANGEL GANIVET

¡Pobre amigo Ganivet! Vuelven tus huesos a reposar sobre los huesos, sobre la roca de España — más nuestra hija que nuestra madre — viviendo y soñando yo, tu amigo y compañero de buen combate, fuera de ella para mejor servirla. Y se me suben a la boca y a los ojos y me tiemblan en la mano con que escribo, los recuerdos de aquella amistad de entender y de sentir que nació entre nosotros treinta y cuatro años ha, cuando hacíamos oposiciones y gané yo la cátedra de que se me ha despojado con la mentira oficial de que la he dimitido por abandono! Y a las veces pienso si no fué a tiempo que dimitiste tú, mi pobre amigo Angel, el cargo de la vida, de una vida que habría de ensombrecer más el porvenir de nuestra patria arrojándose todo un siglo mortal.

Se me anuda la garganta, se me empañan los ojos y en la mano me tiembla la pluma de acero, nuestra arma, al pensar si un día rendiré también mi último soplo, como tú el tuyo, fuera de nuestra España — cuyo amor ha unido nuestros nombres — bajo un sol triste y pálido que se acuesta en la bruma. Y si al rodar de los años estériles llevarán mis huesos a reposar sobre los huesos de la patria y a que las aguas de nuestros ríos lleven sus sales a la mar niveladora. Y me acongoja el pensar si España, esa España ibérica cuyo porvenir fué nuestra cuita común y recíproca, será entonces digna de abonarse con el polvo que fué corazón que tanto y tan locamente la quiso. Porque ¿no nos ha motejado de locos, mi pobre amigo? ¿Es hoy digna esa tierra, Angel de atesorar tus restos?

Deberían no haberte traído hasta que ese tu solar, nuestro solar, sustentase a un pueblo libre, hasta que sobre tu huesa granadina pudiese sonar, resonando al pie del Mulacén, la voz de la verdad hoy proscrita de España, hasta que se hubiese establecido en ésta la justicia que es el único orden verdadero, hasta que ahí,

en la cuna de Séneca a quien tanto quisiste y estudiaste y que tuvo que quitarse la vida en obsequio a los tiranos — ¡menos mal que no le dieron garrote sin efusino de sangre! — se hubiese restablecido el respeto a la inteligencia, a la sinceridad, a la santa libertad de crítica y a la hombría de bien. Deberían de no haberte traído hasta que borrada la postrera huella de inquisición, no hubiese sonado la hora de la liberación de la España universal y eterna, de la España civil y liberal. Deberían de no haberte traído hasta que dejando de hacer de pastores los mastines y de jueces los verdugos, nuestros hermanos hubiesen podido empezar a servirse de la Libertad sin la que no hay ni fortaleza ni alegría y cuya substanciosidad sólo son capaces de conocer los hombres que alguna vez se han puesto en riesgo de que les priven de ella.

En la Alhambra soñaste con tu Grecia inmortal — yo, tu amigo, a orillas del Nervión —; el común culto al espíritu Santo Helénico, a Santa Sofía, nos estrechó en amistad para siempre, para allende la muerte que es más allá de la vida. Y ahora, cuando tus huesos son recibidos por un pueblo degradado por el vasallaje, yo, tu amigo de la juventud radiante y esperanzosa, te saludo desde tu destierro. Porque hoy en tu patria, en nuestra patria, Angel, no puede vivir digno el que no se allane cobarde a silenciar la verdad y a no denunciar la injusticia.

Y a nadie debe chocar que me dirija a tí, al que ya no respira ni ve. ¡Estoy tan abrumado, amigo mío, de predicar a los que respiran y ven y cuchicheándose al oído comadrerías cierran a la palabra del corazón la boca con que comen y se creen vivos!

Adiós, amigo... ¿hasta cuándo?

Miguel de Unamuno.

París, 20 de marzo 1925.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SALALES